

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

AÑO III

OCTUBRE-NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1955

N.º 11

EDITORIAL

LOS CASTILLOS Y LA HISPANIDAD

— Cuando se lee la historia de España en el siglo XVI, parece que los hombres de aquel ciclo son de una raza superior o semejante a la misma de los héroes y semidioses de la antigüedad.

España fue la encargada de abrir con llave de oro la Edad Moderna y de sembrar de fuertes, muros y castillos por todo un continente recién descubierto por nosotros, en las tierras que van desde las Californias al Cabo de Hornos, pasando por las Antillas.

Tras una lucha titánica de siete siglos y medio, en la cual se forjaron generaciones y generaciones de héroes armados de cotas y mallas, llegó un momento en que, con absoluta independencia, vino la unidad imperial.

Ese batallar bravo y continuo ejerció benéfico influjo en la Patria, librándola de los excesos del feudalismo medieval y proyectando su sombra protectora en ultramar. Efectivamente, apenas operada la unidad a que aludíamos, bajo el cetro de Isabel y de Fernando, nuestra nación, libre de todo yugo feudal, estuvo armada y pronta para cumplir su destino imperial histórico. Entonces llegó la hazaña de Colón a cambiar por completo la faz del mundo. Antes del descubrimiento, el Atlántico era el mar del misterio; de este océano venían las leyendas de las islas de San Baladrán y ecos místicos de pasados milagros. Fábulas de todas clases, pero nada real y concreto.

Las naves de Cristóbal Colón, arbolando el pendón de Castilla, surcaron aquellas aguas, y al volver trajeron a Europa las pruebas fehacientes de nuevas tierras y nuevas razas, de otra fauna y de otra flora, de un Nuevo Mundo que se abría ante el gesto maravillado del Viejo.

Gracias al Imperio español, aquellos veinte países, hoy repúblicas prósperas e independientes, aprendieron el arte de la